Año XXI.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 7.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

EDICION ECONÓMICA.

Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.

UN NÚMERO SUELTO 2 RS.—DICHO CON PATRON 3 RS.

Precio de la edicion de lujo.

Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.—Núms. sueltos 4 rs.

La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Américas Españolas.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.

UN NÚMERO SUELTO CON PATRON Ó SIN ÉL, 2 RS. FS.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.—Números sueltos 3 rs. fs.

DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En los demás estados de América.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.

UN NÚMERO SUELTO 4 RS. FS. CON PATRON Ó SIN ÉL.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.—Números sueltos 5 rs. fs.

La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

Sumario.—La ciudad de Dieppe.—Arte de plegar las servilletas.—Servilleta de novia.—Servilleta en forma de abanico.—Cogin de sofá—Chaqueta con solapas.—Modas de Paris.—C. M. C.—Explicacion del grabado de modas.—De patas en el infierno.—La luna de Enero.—El noble en la miseria.—Revista de Cádiz.—El salto del Caballo.—Explicacion del figurin iluminado.

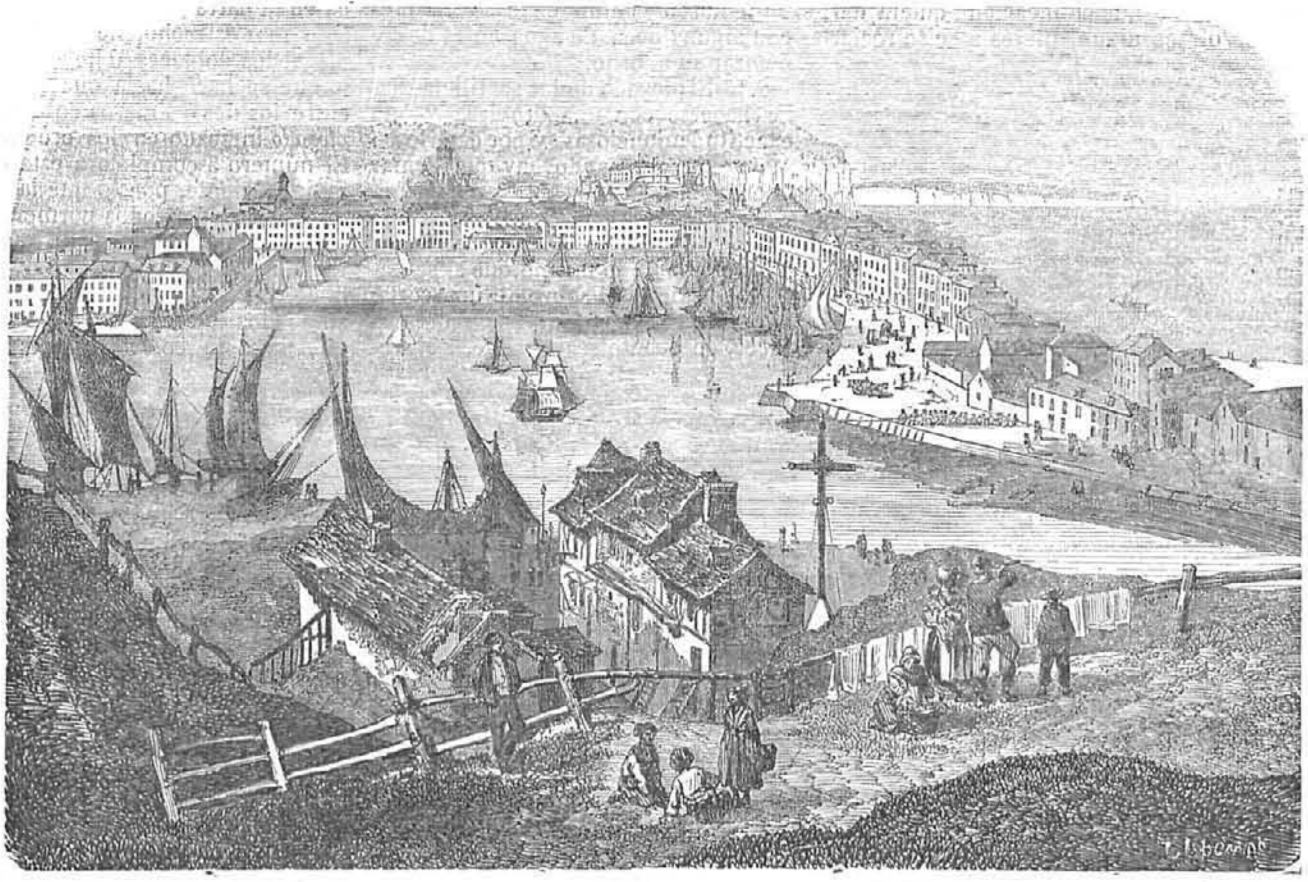
LA CIUDAD DE DIEPPE

(Véase el adjunto grabado.)

Esta linda y pintoresca poblacion de la Francia perteneció al antiguo distrito de Normandía, y hoy corresponde al departamento del Sena inferior. Cuenta mas de 19,000 habitantes. Buen puerto á la desembocadura del Arques, capaz de buques de trescientas á cuatrocientas toneladas. Es capital de Sub-prefectura, y hay en ella tribunales de primera instancia y de comercio. Posee fábricas de encages, obras de marfil, asta y carey. Es patria del almirante Duquesne, nacido en 1610, uno de los hombres mas ilustres del fecundo reinado de Luis XIV, y al cual este monarca, por único y exclusivo privilegio debido á su mérito, no solo esceptuó de la proscripcion lanzada contra los calvinistas á consecuencia de la revocacion del *Edicto de Nantes*, sino que lo conservó en todos sus grados y honores.

Dieppe dista 13 leguas de Rouen y 44 de París. Pero lo que hace que esta ciudad sea una de las mas notables de Francia, lo que le dá nombre en Europa entera, son sus baños de mar, punto de reunion de lo mas florido que encierra la gran capital, y adonde por consecuencia concurre el mundo elegante de los departamentos vecinos.

Dieppe merece en este concepto semejante preferencia, así por su feliz situacion á orillas del Océano, como por el establecimiento de sus baños, que es el mejor de Francia.



VISTA DE DIEPPE.

Le poblacion se halla situada sobre el revés de una colina, cuya falda desciende hácia el mar. Colocada en uno de los mas bellos departamentos del vecino imperio, próxima á la capital, vecina á las costas de Inglaterra, y rodeada de agradables paisages, nada le falta de cuanto puede hacer atractiva su mansion durante la temporada del estio; y en efecto, no bien esta llega, cuando circulan por sus calles cien elegantes carruages, cuando sus plazas, sus paseos, se animan con el inusitado bullicio de los forasteros, cuando se organizan en su recinto bailes, conciertos, fiestas campestres, y los que allí van á buscar en efecto un alivio á sus dolencias, tanto como en las aguas lo hallan en aquella vida de animacion y de ejercicio, en aquel cambio de aires, y en aquella natural salubridad que el pueblo les ofrece.

Los baños de mar de Dieppe se toman en playa, porque estos ofrecen en efecto ventajas incontestables. Darémos una idea del establecimiento.

El terreno libre que defiende á la ciudad contra las olas del mar presenta una extensa linea, circunscrita al Este por el espolon del muelle, y al Oeste por un largo acantillado, que se extiende á lo lejos. En este agradable sitio, que parece escogido por la naturaleza misma, es donde se ha fundado el establecimiento.

Compónese de una galería cubierta, de ciento veinte piés de largo, interrumpida en su centro por un arco, y con dos pabellones ó templetes de forma cuadrada en sus extremos. El primero de estos pabellones, el del Oeste, está dedicado á las señoras, el segundo á los caballeros. Uno y otro presentan, del lado del mar, un cuerpo avanzado, embellecido con cuatro columnas de órden jónico. El de las señoras forma un magnífico salon, amueblado con gusto, y donde aquellas se reunen antes y despues del baño. Este salon comunica á la vez con dos habi-

© Biblioteca Nacional de España

taciones de descanso y de socorro para los bañantes que por cualquier concepto pudiesen exigir cuidados especiales. Una sala circular sirve de vestíbulo á estas diversas piezas, distribuidas de modo que desde todas partes puede gozarse de la vasta extension del mar, y de la de un jardin inglés que sirve para paseo de los enfermos.

El interior del templete de los hombres tiene igual distribucion, pero la pieza principal está convertida en billar.

La extensa galería que une á ambos pabellones es paralela á la orilla del mar y sobre él dan sus vistas. Adórnanla gran número de vasos etruscos cubiertos de flores.

El arco central cobija salones donde se hallan libros y periódicos, mesas para desayunos, una ancha escalera que conduce á la azotea, desde la cual, y merced á anteojos allí prevenidos, puede disfrutarse de la vista que ofrece aquella parte del Océano, de los buques que la cruzan, y de las costas de la Normandía en un espacio de mas de diez leguas.

Bájase á la playa por medio de planchas guarnecidas de pasamanos. y en aquella se levantan las casillas de los bañistas, en forma de elegantes tiendas de campaña rematadas en flámulas. Estas tiendas ofrecen la debida separacion, puesto que, segun se ha dicho, toda la parte del Oeste es exclusiva de las señoras, y la opuesta lo es de los caballeros.

Nadadores diestros y de probada moralidad, cuidan, por encargo de la administracion, de socorrer á los bañantes y prestarles toda clase de auxilios.

F. F. A.

CHAQUETA DE SOLAPAS.

Arte de plegar las servilletas.

Ved aquí un arte esencialmente femenino, y que nuestras lectoras, cualquiera que sea su edad, querrán y deberán conocer. En los convites de ceremonia el adorno de la mesa es una cosa importante, y el talento de dar á las servilletas formas variadas, elegantes y graciosas está muy poco extendido. Si, como lo esperamos, la publicacion que hoy vamos á comenzar ofrece algun interés á nuestras lectoras, la continuarémos, presentándoles de tiempo en tiempo algunos modelos nuevos é inéditos.

Darémos aquí algunas reglas generales que servirán, no solo para el presente, sino tambien para en adelante. Conviene, pues, que se conserve este núnero si se desean poner en práctica los futuros preceptos.

1.º Las servilletas deberán estar algo húmedas para prestarse á las diferentes formas que se las quiera dar; si se hallasen ya almidonadas seria preciso rociarlas con alguna poca de agua antes de comenzar su adorno.

2.º El plegado de las servilletas debe hacerse con una limpieza y una exactitud minuciosas, y por decirlo así matemáticas. Cuando hay que formar una punta ó esquina, por ejemplo, conviene cuidar el que los ángulos se señalen con la mas extremada precision, absolutamente lo mismo que si se tratase de doblar el sobre de una carta; será tambien necesario hacer desaparecer, en cuanto sea posible, los pliegues formados por el cilindro, si es que se ha usado este medio de prensarlas, y por consecuencia, estirar las servilletas, y sacudirlas sin quitarles, no obstante, su brillo.

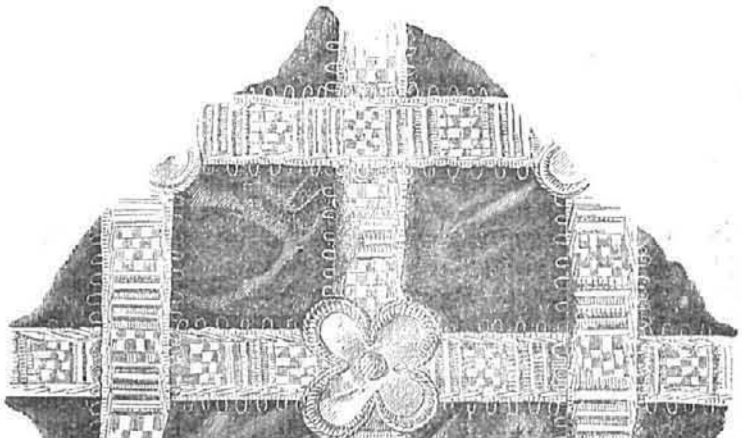
Además del dibujo que reproduce el aspecto de la servilleta ya plegada del todo, publicamos cróquis que representan las diferentes faces ó transformaciones que experimenta antes de llegar á su forma definitiva.

Servilleta de novia.

Los cróquis 1 á 7 pertenecen á esta servilleta.

Representa una especie de colmena adornada con flores; el dibujo n.º 2 reproduce la misma forma, pero sin las flores. Se dobla primeramente la servilleta, pero no por su mitad, sino de modo que una de las orillas sobresalga de la otra en todo el ancho de una mano poco mas ó menos (véase el cróquis n.º 1). Se toma la punta ó esquina A y se la coloca sobre la letra C, así como lo punta B sobre la letra D: esto forma el croquis n.º 2; se toma la punta E de este cróquis n.º 2, y se le coloca sobre la letra G, colocando tambien la punta F sobre la letra H, lo cual forma el cróquis n.º 3. Las cuatro divisiones de este cróquis deben ser tan iguales como sea posible. Se vuelve el croquis n.º 3 de modo que el lado liso se halle al revés y el lado plegado al derecho. Se dobla entonces la figura ó cróquis n.º 3 al través, ó sea á lo largo, formando dobleces de abanico con la posible igualdad, y que tengan unos 2 centímetros de ancho; el doblez se hace en el aire, se le pone sobre una mesa y se le aprensa ó aplancha; aun cuando quedase despues del último doblez un espacio insuficiente para otro mas, se le haria con el resto de la servilleta: está formado el cróquis n.º 4. Se coloca delante el lado mas grueso de la figura, teniendo á su derecha el lado en que están señaladas las cuatro divisiones. Se pone la mano izquierda en la parte superior de esta figura n.º 4, por el lado mas estrecho, de modo que se puedan desplegar los dobleces ú hojas del abanico una á una, lo que se hace hasta que la mano derecha forme entre los dos primeros dobleces (los de debajo) el *plegado* indicado en los cróquis números 1, 2 y 3. El número 5 completará esta explicacion, por fuerza insuficiente, puesto que la palabra no puede expresar estos pequeños pormenores. El cróquis n.º 5 representa la operacion de que vamos hablando llevada hasta el doblez superior, y muestra la servilleta entreabierta, de tal modo colocada que la vista abrace los espacios huecos que se hallan entre los dobleces. Se comienza por sacar hácia afuera la

N.º 1.—COGIN PARA SOFÁ.

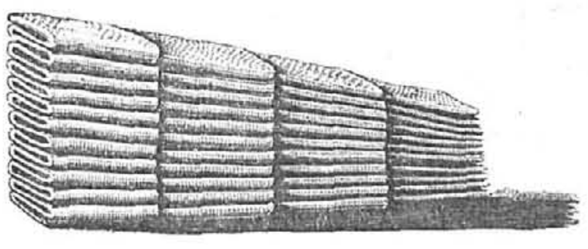


N.º 2.—COGIN PARA SOFÁ.

© Biblioteca Nacional de España

parte de debajo del lado mas grueso; el cróquis n.° 5 representa este lado sacado ya; la segunda porcion no está aun completamente sacada en este cróquis, y las letras J y K servirán de guia; se agarra esta porcion por el doblez interior (letra J) y se la dobla hácia afuera de modo que la punta J se halle delante sobre las dos K cuando se aprensan ó aplanchan los dobleces; por esta última operacion se hace entre cada hoja del abanico un pliegue que tenga la forma de un triángulo, cuyas puntas deben señalarse cuidadosamente; estos triángulos; en número de tres, entre cada hoja del abanico, se forman todos del mismo modo. Se ven en el mencionado cróquis n.° 5 dos líneas de puntos que indican la posicion del tercer triángulo; si durante esta operacion, se descompusiese algo la servilleta, seria necesario arreglarla segun antes estaba.

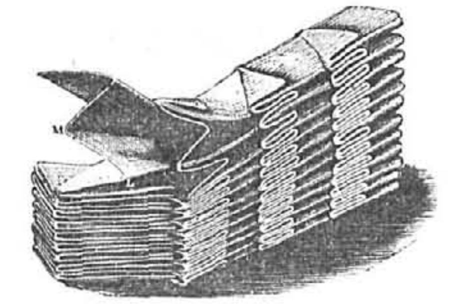
Importa que haya cuidado de no omitir ninguno de los tres triángulos entre cada hoja del abanico. Se forman tambien estos tres triángulos por cada lado en cada extremidad de la servilleta; si estos triángulos exteriores no tuviesen el ancho de los dobleces, seria necesario, en todo caso, no omitir su punta.—La última operacion se verifica solo en la parte ó extremidad que tiene menos grueso: se sitúa la servilleta de tal modo que esta parte ó extremidad se halle hácia la derecha; se tira hácia atrás el medio del doblez (comenzando por abajo) yendo de doblez en doblez, y consultando el cróquis n.° 6, que indica la operacion terminada hasta los dos últimos pliegues; aunque se deba empezar por abajo, la disposicion de los pliegues superiores indicará el procedimiento que hay que emplear: así se vé que se toma la punta L (medio del pliegue) y que se saca entre M y N hasta la O, lo que forma un pliegue sesgado entre M y N; estos pliegues exceden



CROQUIS N.° 4.

por delante en un centímetro el punto en que se halla la letra P.—Todos estos pliegues deben ser iguales; todas las puntas que forman deben hallarse colocadas unas sobre otras. Un poco de aplicacion y de esperiencia personal son indispensables para amaestrarse en este arte; nosotros no podemos mas que indicar y describir, pero no demostrar: ahora bien, la demostracion es la mejor de las enseñanzas, y nuestras lectoras habrán de suplirla por medio de la paciencia y de los respectivos ensayos. Se continúa haciendo del mismo modo en todos los pliegues, y cuando están formados, el aspecto de la servilleta debe ser el del cróquis n.° 7.

Solo resta el desplegarla con precaucion y el colocarla en redondo sobre el plato. Si nuestras explicaciones han sido comprendidas, la servilleta reproducirá el dibujo n.° 2. Se la adorna con flores (de tallo muy corto), rodeadas por un poco de musgo ó de follage, todo lo cual se introduce en los pliegues (véase el dibujo n.° 1); y en lo alto se le pone un ramillete algo mayor.



CROQUIS N.° 6.

Servilleta en forma de abanico.

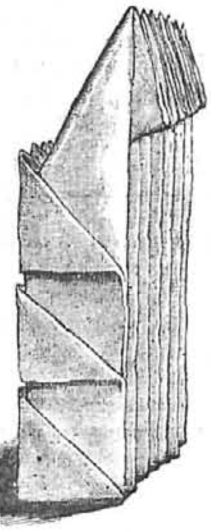
Los croquis 1 á 5 pertenecen á esta forma.

Se prepara absolutamente como la *colmena* que acabamos de explicar, pero haciendo los pliegues algo mayores.

Se toma el croquis n.° 5 por la parte de abajo, se despliegan los dobleces, comenzando por el del medio, y se sigue por cada lado, de modo que se forme una especie de pedestal sobre el que se coloca el abanico, el cual se mantiene mas si la servilleta, un poco almidonada, se rocia con agua.

Cogin de sofá.

MATERIALES.—3 metros y medio de galon blanco de algodon; 56 centímetros de tafetan lila que tenga 36 centímetros de ancho; 24 centímetros de tafetan blanco que tenga 24 centímetros de ancho; 1 metro y



CROQUIS N.° 7.

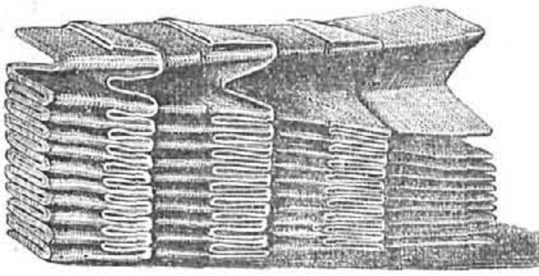
60 centímetros de cinta lila de 3 centímetros y medio de ancho; un poco de batista blanca ó de nansouk; algodon de bordar.

Este modelo es muy nuevo y muy original. Forma un cogincito de sofá, pero fácilmente pueden aumentarse sus proporciones si se quiere mayor. La parte de encima del cogin se compone de un enrejado hecho con la cinta labrada de algodon, cosida en los sitios en que se cruza, y adornada en estos mismos sitios con una especie de roseta bordada. Al través de este enrejado resaltan follados de tafetan lila, esto es, del mismo color que el plegado que rodea el cogin. En sus cuatro puntas hay colocados lazos de cinta.

Para hacer este cogin, tal cual es, se señala sobre papel un cuadrado de 24 centímetros; mayor si se quiere mayor cogin. El galon está guarnecido en uno y otro lado por una puntilla ó randa, segun se vé en el dibujo n.° 2, el cual representa una parte del cogin de tamaño natural. Primero se colocan sobre el cuadrado de papel dos trozos del galon que vayan cada uno desde la una punta á su opuesta, y que, por consiguiente, se cruzan en el medio del cuadrado. Se disponen del mismo modo los otros trozos del galon, separados por un espacio de 2 centímetros; y formando cuadros pequeños. Estos trozos de galon no se cortan; se los dobla en punta en una de las extremidades del cuadrado grande, se los lleva hasta el siguiente, y doblando siempre en punta, continúan sobre el tercero y el cuarto lado, hasta volver cada uno al sitio de donde partió. Se toma entonces un nuevo trozo de galon, y así se sigue lo mismo hasta que estén formados todos los cuadros.

En cada uno de los cuatro lados debe haber cuatro puntas, por consiguiente cinco triángulos ó medios cuadros. Se forman de batista ó nansouk las rosetas, que se calcan del dibujo n.° 2; se las rodea con un punto de feston, se les pone un lunar en el centro, se recortan por fuera del feston, y se las cose en el lugar que tienen señalado. Los sitios en que el galon se cruza y no están cubiertos por una roseta se aseguran con una costura fuerte antes de quitar el cuadrado de papel.

Se dispone un cuadrado doble de percalina (de 24 centímetros) y se forma con él un cogin, que se llena de algodon, de crin ó de lana; se le cubre por un lado de tafetan blanco; se le pone por el otro un pedazo de tafetan lila que tenga 36 centímetros en cuadro, el cual se frunce por sus cuatro lados y se cose al rededor del cogin dividiendo los fruncidos con la mayor igualdad posible. Sobre el tafetan lila se extiende el enrejado blanco, se le co-

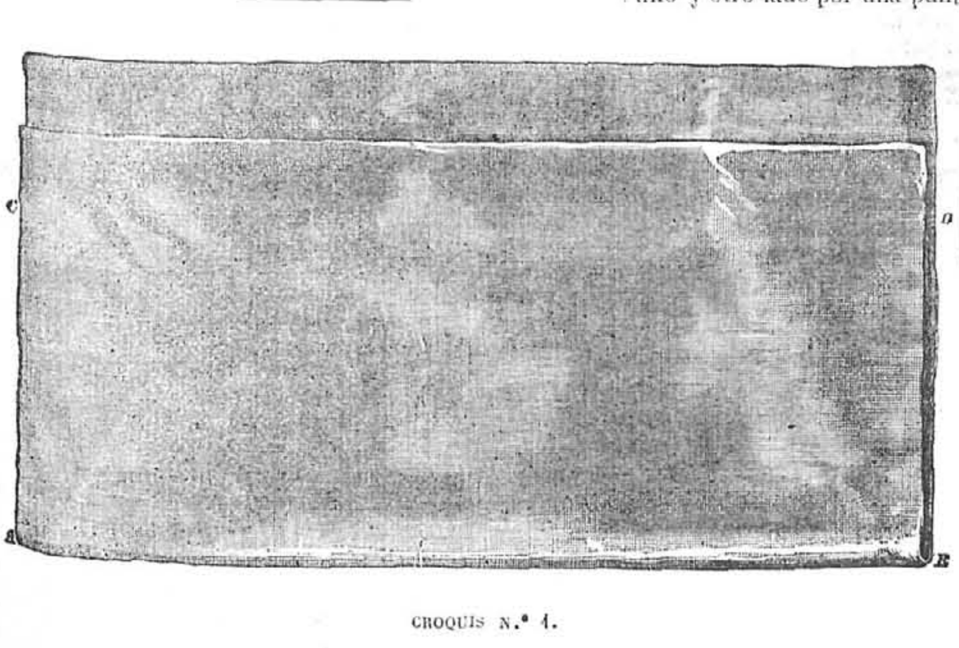


CROQUIS N.° 5.

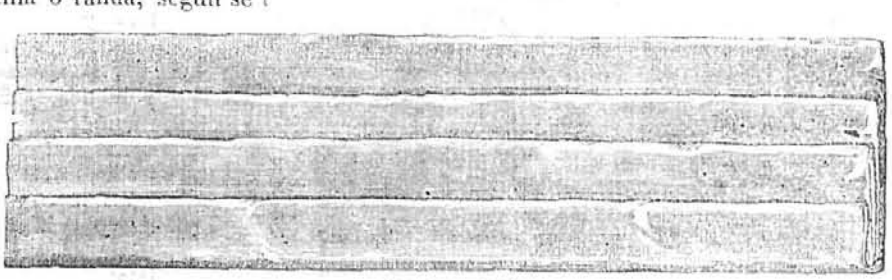
se al rededor del cogin, y se hacen ahuecar los follados en cada cuadro. Se corta lo restante del tafetan lila en cuatro tiras de 4 centímetros de ancho, se las recorta por un lado y otro con un sacabocados, y, frunciéndolas por el medio, se forma un plegado de 96 centímetros de largo; se cose este plegado al rededor del cogin para ocultar la costura que une sus dos caras; se hacen cuatro lazos de cinta lila, y se coloca uno en cada punta ó esquina.

Chaqueta con solapas.

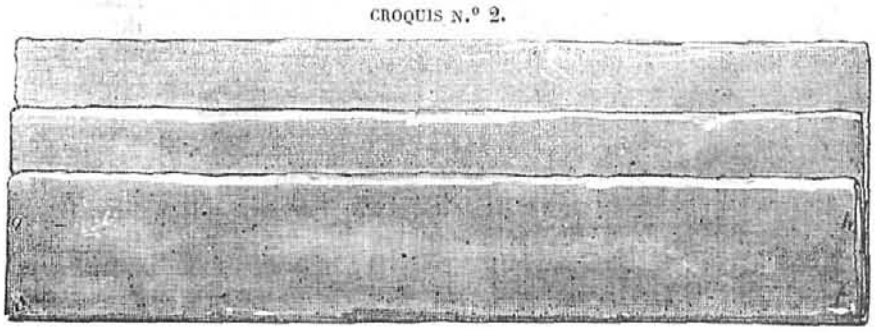
Este lindo modelo se hace de paño color castaño oscuro, con adornos de trencilla negra; la chaqueta está ajustada al talle, tiene faldillas cortas y solapas, las cuales se pueden abrochar, si se quiere, sobre el pecho, de modo que se haga montante. Puede reemplazar á un corpiño que ya esté usado.



CROQUIS N.° 1.



CROQUIS N.° 2.



CROQUIS N.° 3.

© Biblioteca Nacional de España

MODAS DE PARIS.

Ha llegado el momento en que la fisonomía de la moda se ha fijado para toda la estacion; pocos cambios hay que señalar; pero no pocos escollos que evitar en los diferentes pormenores que componen el conjunto de los equipos.

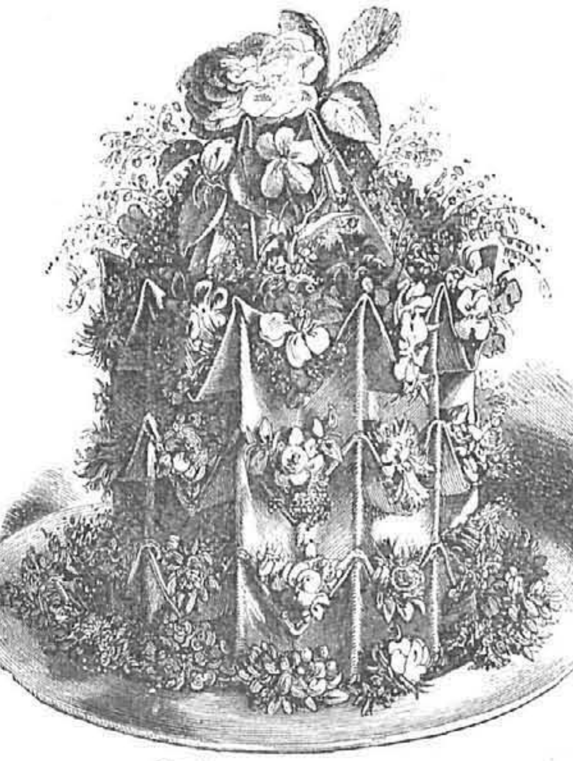
Los corpiños de punta parece que han vuelto á ganar el terreno que le habian conquistado el invierno anterior los corpiños de cinturon; muchos son completamente lisos; pero los de solapas, ó bien abiertos por delante sin solapas, gozan tambien de gran favor para ciertos trages de algun lujo. Para hacer estos últimos basta replegar los delanteros, y guarnecer lo alto del corpiño con un plegado escarolado que baja hasta el talle, y oculta los corchetes que sirven para cerrarlo desde su abertura; si se quiere que el corpiño se abra mas abajo, se ponen á cada lado dos broches de pasamanería, guarnecido cada uno con un boton y una larga presilla que se enlaza con el boton opuesto, y sujeta así al corpiño, que se lleva con un camisolin *mongil*, igual al que daremos en el próximo patron.

Debo añadir que las jóvenes solteras se abstienen por lo general de llevar estos corpiños abiertos, que exigen cierto lujo de ropa blanca, y se limitan á los corpiños completamente montantes.

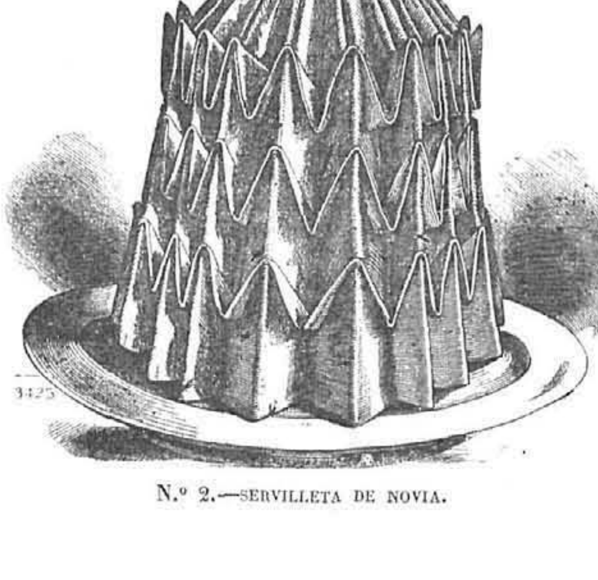
Ya no se llevan los grandes volantes que cubrian toda la enagua; sin embargo, estos trages existen, y yo no aconsejaria á ninguna señora que los abandonase para complacer á los caprichos de la moda. Como entiendo que mi mision seria bien frívola y bien inútil si me limitase á señalar las *novedades*, voy á poner aquí algunas combinaciones que permitirán á *mi* público de mujeres económicas y laboriosas el emplear los antiguos trages, dándoles la fisonomía exigida por la moda nueva.

Los grandes volantes que cubrian las enaguas permitian el emplear para estas, ya una tela mediana, ya aun una enagua teñida; supongamos un trage de estas condiciones cubierto por cuatro ó cinco grandes volantes; se descoserán estos, se dividirá su ancho en dos ó tres tiras, en una de cuyas orillas se harán recortes, y con ellas se formarán seis ó siete volantes pequeños que cubrirán un espacio de 35 á 40 centímetros poco mas ó menos; bajo estos volantes se podrá conservar una parte de la antigua enagua, pero desde ellos hasta el corpiño será necesario añadir tela igual á la de los volantes; esto constituirá sin duda un gasto bastante considerable, pero infinitamente menor que el de un trage nuevo del todo, siendo su efecto el mismo. Si todos los volantes no se han empleado en la combinacion que he indicado, podrá servir lo que de ellos quede para adornar y realzar un trage muy sencillo, por ejemplo, de alpaga color castaño, azul subido ó gris.

Supongo los volantes de tafetan negro: se los corta en tiras de 5 á 6 centímetros de ancho, se les hacen recortes en sus bordes de uno y otro lado, y se los cose estirados sobre la orilla de tres volantes pequeños de igual tela de la del trage de alpaga, teniendo sucesivamente 10, 9 y 8 centímetros de ancho; debe conservarse un poco de tafetan para hacer con él un plegado *escarolado* (fruncido en medio) en lo alto del último volante; las mangas deben guarnecerse por el mismo estilo. La dimension de las capas hoy á la moda, permite llevar este trage hasta para visita, puesto que las tales capas no dejan descubrir mas que la guarnicion de la enagua.



N.º 1.—SERVILLETA DE NOVIA.



N.º 2.—SERVILLETA DE NOVIA.

La innumerable variedad de guarniciones que se pueden adoptar, permite á las mujeres ingeniosas utilizar todos los trages que, merced á la crinolina, se han quedado cortos; se puede, en efecto, alargar los paños de las enaguas añadiendo una tira por la parte de abajo de cada paño, y ocultar la costura con un plegado escarolado, ya de crespon, ya de tarlatana, si se trata de trage de baile ó de suaré. Un trage de tafetan ó de raso demasiado corto se alargará con 10 ó 12 centímetros de tela igual; se colocará sobre el dobladillo de abajo un plegado de crespon recortado, ó bien de tarlatana doble; un segundo plegado semejante al primero correrá cubriendo la costura que hay entre la tela nueva y la antigua; si se tienen volantes de encage de los que antes tanto se usaban, se conservan los unos á los otros para formar un volante muy ancho, que se colocará por encima de los plegados, poniéndole otro tercer plegado en su costura de arriba; si no se tuviesen volantes de encage, se los reemplazará con uno ancho de crespon ó de tarlatana.

El mismo procedimiento se empleará para los trages de jóvenes solteras: despues de haber alargado la enagua, para cubrir la costura se harán, por ejemplo, cinco volantes muy pequeños encañonados, guardando entre uno y otro un intervalo igual poco mas ó menos, al ancho de los volantes; sobre estos, y de modo que los separe en dos espacios desiguales (el de arriba mas estrecho) se coserá un cordon blanco, si el trage es de color claro. Las guarniciones que indico son copiadas de trages nuevos, y pueden reproducirse, aun prescindiendo de todo pensamiento de economía. Así un trage de jóven soltera, para suaré ó convite, será muy lindo si se hace de muselina de seda blanca, azul ó rosa, con los cinco volantitos encañonados y el cordoncillo blanco. Si el fondo del trage fuese rayado, listado ó á cuadritos, se hacen los volantes de tela lisa del color mas pronunciado de los del trage, azul, por ejemplo, si la tela fuese azul y blanca, y así sucesivamente.

Las guarniciones de los trages de baile son siempre muy voluminosas: se componen invariablemente de tul, crespon ó tarlatana para las señoras que bailan, de paño de seda, muaré *antique* ó muaré francés para las que no bailan. El terciopelo está desterrado, á menos que no sea de un color vivo, claro y alegre.

Los peinados son muy voluminosos; las guirnaldas de flores se disponen en forma de turbantes muy levantados, ó bien de ramas de color oscuro sembradas de florecillas, ya agrupadas ó ya aisladas.

Los peinados mas lindos de la estacion se componen de terciopelo, cinta ó plegados de encage, adornadas de flores, y muy frecuentemente de plumas grandes ó pequeñas.

Publicarémos sucesivamente, segun hemos comenzado á hacerlo ya, dibujos de peinados de diferentes géneros.

EMMELINE RAYMOND.

C. M. C.

He ahí tres letras, bellísimas lectoras, que pueden constituir la felicidad ó la desgracia de tres hombres, si uniéndolas algunas otras formais en cada grupo un nombre de mujer.

Si, como yó, creeis que el gran secreto del hombre es encontrar asomada á un rostro bello un alma tambien bella, y si juzgais (igualmente que yó) que este secreto se sorprenda las mas veces en un nombre dulce y armonioso que unimos sin sospecharlo á la idea que buscamos, claro es que no me tachareis de ridículo por dar tanta importancia á tres letras, que mas bien que tales letras son tres representantes de la tentacion primitiva de nuestro asendereado padre Adan.

Encarnad, pues, esas letras en tres niñas encantadoras de diez y seis á veinte años, llenas de amor y de fé, de imaginacion ardiente, de ojos rasgados y blancas ó morenas, de rubios ó negros cabellos, pálidas ó de rosadas carnes, tristes, alegres... en fin, como querais, y oid su historia.

I.

UN LADO DEL PRISMA.

Consuelo, María y Concha son tres amigas de la niñez.

Juntas ha pasado sobre ellas la edad de los juegos inocentes, de los placeres sin amargura, y de los largos dias sin deseos.

La misma almohada ha guardado el secreto de sus primeros sueños de amor.

El mismo espejo las ha dicho que eran hermosas y las ha visto ruborizarse de orgullo.

Y un mismo rosal tambien las ha dado su primer adorno y su último recuerdo.

Despues, cuando siguiendo cada una la senda que tenia trazada, han ido á prepararse en el seno de una familia para ser los ángeles de paz y el camino del cielo en otra, Consuelo, María y Concha han amado con todo su corazon y han soñado en una vida eterna alimentada solo por su sentimiento.

Tres amigos tambien, tres compañeros de la niñez han sido los objetos de su amor.

Consuelo amaba á Julio, enérgica y confiadamente.

María amaba á Valentin, con una timidez pudorosa que la llenaba de rubor.

Concha aspiraba el amor de Enrique en todo cuanto rodeaba al jóven.

Las tres creian ver bajo las figuras de aquellos tres hombres el premio que Dios concedia á su virtud, y que se llamaba sencillamente *felicidad*.

Porque al comprender, sin analizarlo, qué era el amor, al buscar un pensamiento que concentrase y sirviese de templo á los mil pensamientos vagos, indefinibles y misteriosos que ocupaba su corazon,

SERVILLETA EN FORMA DE ABANICO.

© Biblioteca Nacional de España

habian visto casualmente pasar ante su vista á los tres jóvenes, y los idealizaron como verdadera encarnacion del tipo buscado.

Pero de la ilusion á la realidad pasaron bien pronto dos años, y las hermosas niñas tuvieron que dar cabida en su pecho al primer dolor, y señalar en sus pupilas un lugar á la lágrima del primer desengaño.

Julio era un corazon escéptico y calculador, avaro hasta de sus mismas impresiones; Julio dejando el imperio de su alma al raciocinio habia olvidado el busca de una fortuna; á Valentin que se consumia de tedio en Madrid y á Enrique que se embriagaba en continuos galanteos.

Así vivieron las tres hermosas hasta los veinte y dos años.

II.

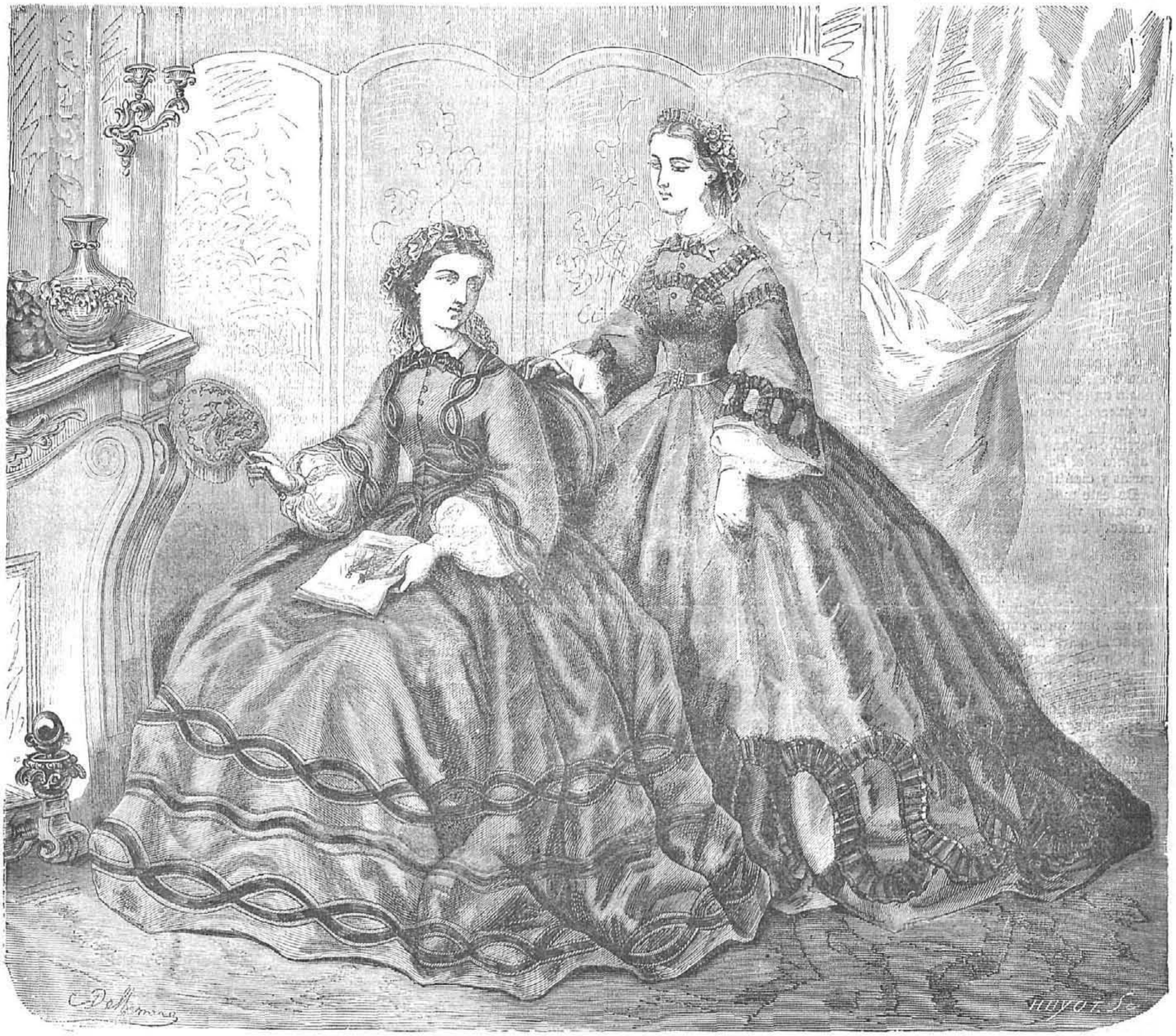
LA CARA OPUESTA DEL PRISMA.

Clara, Mercedes y Cándida, pertenecian á tres familias de la mas alta aristocracia.

Tres hombres entretanto consumian su existencia pensando en la felicidad de su amor.

Juan, poeta de corazon, amaba á Clara como ideal de la poesía; como mujer espiritual cuyo cuerpo era solo una forma trasparente destinada á fijar el pensamiento; como alma de esa idea inmensa que la lengua solo puede expresar con la palabra: cielo.

Víctor sentia por Mercedes una pasion fascinadora que le arrastraba hasta el sublime: su buen corazon llegaba hasta el ideal de la caridad, cuando la figura de Mercedes se dibujaba en su mente,



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE TAFETAN VERDE MEDIO COLOR.—Los adornos se componen de tiras de tafetan verde de color mas subido que el del trage, en el centro de las cuales va colocada una tira de terciopelo de un verde mas subido todavía; dos de estas tiras están dispuestas en forma de anillos prolongados que se enlazan entre sí, en medio de ellas corre otra haciendo ondas. Las mangas tienen igual adorno, así como el cinturon MÉDICIS y los delanteros del corpiño.

TRAGE DE ORLEANS COLOR CASTAÑO.—Dos tiras de tafetan del mismo color están fruncidas por uno y otro lado, y despues enlazadas, de modo que formen una guirnalda de medallones cubriendo un espacio de 30 centímetros poco mas ó menos. Mangas anchas guarnecidas como la enagua. Los delanteros del corpiño reproducen los mismos adornos. Las tiras de tafetan empleadas como guarnicion están ribeteadas en uno y otro lado con una cinta estrecha de color mas subido que el del trage.

modo de sentir. Valentin, dèbil y pusilánime, no hallando en su pensamiento bastante fuerza para pensar, era el eco monótono y lejano del carácter de sus compañeros. Enrique distinguiéndose por lo duro y lo intratable, queria que la mujer fuese la esclava obediente siempre á los crueles caprichos de su amo; y no comprendia como ha podido concedérsela el derecho de sentir.

Las pobres vírgenes, viendo al ángel despojado de sus galas, y sus rosadas carnes convertidas en crugientes huesos, lloraron mucho sus preciadas ilusiones de los quince años, olvidaron que existian otros hombres en el mundo que tal vez podrian darlas media felicidad de la que habian soñado, y terminaron por ver á Julio que marchaba á América en

Acostumbradas desde muy pequeñas á que mil y mil aduladores ensalzasen su soberana belleza y ponderasen como el non plus ultra del talento sus mas sencillas expresiones, creian que el mundo entero era demasiado indigno de sus miradas, y que todos sus sentimientos debian como en un espejo reflejarse sobre sí mismas.

Llegaron los diez y seis años, y no buscando fuera de sí el objeto indispensable en que fijar sus primeros pensamientos, creyeron desierta la sociedad, se entregaron con entusiasmo á sus placeres, hicieron á sus amigas la guerra con el lujo, se burlaron de todos los que las hablaban de amor, y vieron irse marchitando poco á poco la fresca flor de su belleza.

y reia y lloraba y era alternativamente á sus ojos genio é insecto, segun que la esperanza acariciaba ó huia de amor.

Ernesto, por fin, siempre melancólico y concentrado en sí mismo, buscaba en Cándida un tipo de esas baladas alemanas, escritas con la bruma, en la que una mujer mirando se transforma solo en ojos, y se deshace en sonidos que llenan la atmósfera cuando vá á hablar.

Los tres daban en ellas culto á la imágen de lo bello-bueno, que para su corazon sensible y acabado de crear apenas por la adolescencia, era la única verdad y el único fin del mundo.

Interminable seria este artículo si hubiésemos de bosquejar las mil y mil amarguras, los delicadísimos

© Biblioteca Nacional de España

placeres y las dulces melancolias que inspiró este amor á Juan, Victor y Ernesto.

¡Cómo describir el efecto de las sombras que sobre los cristales de los ricos salones les hacia adivinar en el baile á sus amadas! ¡Cómo pintar el encanto de un lánguido abatimiento en el antepecho de un palco, cuando parece que nuestro pensamiento vá á sorprender el suyo dormido por el magnetismo que une á las almas! ¡Cómo hacer comprensible la emocion que produce una mirada distraida, el fugaz momento en que desaparece envuelta en gasas dentro de un carruage, en que doblega su aristocrático orgullo ante la voz del sacerdote, en que embriaga el ambiente que la rodea, en que se adivina á través del espacio en medio de un camino, de un viaje, de un... ¡ah! Si ese tormento de la vida es nuestra mayor expresion de placer, ved lo que serán los dolores para el que nunca haya amado!

Juan, Víctor y Ernesto, pues, siguieron viviendo en el espíritu de las tres bellas durante algunos años.

Pero cuando su corazon se fué curtiendo en la atmósfera del gran mundo, no pudieron borrar de sus ojos la luz y tuvieron que abandonar con la sonrisa del escepticismo en los labios el bello ideal de su felicidad.

Clara era una mujer vanidosa y antojadiza que hacia de las cosas mas bellas el mismo uso que de sus rosas blancas, de cuyos pétalos se hallaba sembrado el tocador.

Mercedes humillando con su orgullo á cuántos la rodeaban, no creia digno de su rango, dejar asomar á sus labios la sonrisa del placer.

Cándida olvidada de su sexo y de sus afectos buscaba incesantemente en los placeres propios de los hombres, en la lectura, en los cálculos mas frios y hasta en la mezquina diplomacia el alimento que á su parecer necesitaba.

Así los tres jóvenes las vieron desaparecer en el terrible océano de París á la una; en los inmensos salones del Palacio á la otra; y en las tertulias literarias y científicas á la tercera.

De este modo muriendo lentamente como moria su amor, vivieron Juan, Víctor y Ernesto, hasta los veinte y cinco años.

III.

EL FOCO DE LA LUZ.

Habeis visto alguna vez cómo los diversos rayos de luz, hermosos con todos los colores del arco iris, pasando á través de un prisma os han presentado al lado opuesto otra vez esa luz, ya blanca, ya dorada, que tan pródigamente nos envia el sol?

Pues figuraos que esas seis niñas hermosas que ligeramente hemos bosquejado, aparecen á través de un telon negro, como figuras de cuadros disolventes.

Consuelo y Clara, María y Mercedes, Concha y Cándida se corresponden perfectamente en la fantasmagoría.

Y á su lado en el mismo telon Julio y Juan, Valentin y Víctor, y Enrique y Ernesto, tambien se agrupan de dos en dos, y van perdiendo las tintas de los contornos fijos que nos señalan su fisonomía.

Llega un momento en que no podeis distinguir ningun rostro, ni ninguna faccion determinada.

Clara y Consuelo perdiéndose, por decirlo así, han borrado de su rostro la tinta característica. En todos los grupos se ha obrado la misma transformacion, y sin embargo, allá en el fondo de esa superficie, que parece no tenerle en esa profundidad que solo adivina la imaginacion, hallais bien distintas esas figuras que nos han servido para formar un cuadro.

Hay un cambiante continuo en la luz que hace pasar alternativamente ante vuestros ojos el amor y la indiferencia, la virtud y el vicio, el orgullo y la modestia, y el egoismo y la caridad.

Pero esa mezcla como si adquiriese nuevo calor de sí misma, se fermenta y evapora y se espiritualiza llenando la atmósfera, como si esos tipos á que hemos dado nombre y os presentamos ataviados con un rostro y un trage, volviese á su vagüedad, volviesen á su esencia, volviesen, en fin, á su primer elemento consignado en el epígrafe de este artículo.

Y entonces confundidas las mujeres que aman con las que no sienten, y confundidos los poetas de corazon con las almas vulgares, parece que se acercan mútuamente para convertirse en uno y realizarse el tipo que cada uno buscaba en vano.

Y esas tintas de colores que se van mezclando tan rapidamente llegan al fin á producir la luz blanca que es la única que dá calor en la tierra porque es la única que se halla organizada para el mundo.

. . . .

Si mi objeto hubiera sido enseñaros por medio de una fábula os diria ahora como moraleja:

Esos tipos ideales que soñamos en nuestra primera edad no existen ni deben existir en el mundo, porque el alma y el cuerpo que nos forman quieren goces contrarios.

A imitacion pues de nuestra naturaleza, busquemos al hombre como hombre, y la mujer tal cual puede ser la mujer.

En la belleza encontrarémos alguna vez un fondo de fealdad; en la virtud un tinte de vicio; en la poesia mucho de prosa; en el placer no poca tristeza.

Pero juntas esa falsedad, esa hermosura, ese vicio y esa virtud, y esa poesía, y esa prosa nos pueden dar la felicidad posible en la tierra, y con ella nos debemos contentar mientras no hallemos otra patria mejor.

Esto es lo que yo os diria, hermosísimas lectoras, si pretendiese moralizaros; pero como no se esa mi vocacion, ni me encuentro con suficientes fuerzas para emprender tan espinosa senda, me limito á deciros:

Tanto os amo, que ojalá las tres letras del artículo, bajo las advocaciones de Carolina, Matilde y Cármen, y en forma de tres bellas niñas de diez y seis á veinte años, quisiesen hacer felices á mis amigos Julian y V.cente y á este vuestro mas humildísimo servidor

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

DE PATAS EN EL INFIERNO.

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuacion.)

Tres horribles mordiscos que simultáneamente sintió en la pantorrilla, y una gran cornada que sintió en la cara, le hicieron echar el primer *pecado* que habia cometido en su vida.

Abrió los ojos para ver á quien debia aquel recibimiento, y se encontró con que le habia dado los mordiscos un perro de tres cabezas que estaba junto al quicio de la puerta, y la cornada un hombreton que ostentaba en los pies y en las manos uñas de á cuarta y en la frente cuernos de á vara.

—Ya podia V. dar cornadas á la cabra de su madre y tener atado ese perro! dijo D. Mateo al de los cuernos.

—A mí no me alce V. el gallo porque le rompo á V. el alma! ¿V. sabe con quién está hablando?

—Con el demonio, Dios nos perdone! Qué bruto hombre, á poco mas me saca un ojo!

Apenas habia dicho esto D. Mateo, centenares de verdugos provistos de tenazas, de sierras, de hierros candentes, de cacillos de pez hirviendo y de plomo derretido, se lanzaron á él dando horribles carcajadas.

El de los cuernos pegó con estos en la pared y el golpe produjo un miedo espantoso que retumbó por toda aquella horrible mansion é hizo detenerse, echando espumarajos de rabia, á todos los verdugos que se dirijian á D. Mateo.

—Nadie toque á este perillan hasta que yo dé permiso para ello! exclamó el de los cuernos.

—Señor Director será V. obedecido, contestaron los verdugos humildemente y cada cual volvió á su puesto y á la ocupacion que antes tenia.

A pesar de la cornada, D. Mateo dió las gracias al director porque le habia librado de todos aquellos calafates.

—No hay de qué darlas, le contestó el director. Noto en V. un no sé qué, que no tiene ninguno de los que vienen aquí y no quiero exponerme á incurrir en el delito que purga aquel juez que vé V. en aquel tablado.

D. Mateo miró hácia el sitio que señalaba el director y vió á un togado á quien un verdugo daba garrote haciéndole crujir la nuez y sacar un palmo de lengua, operacion que el verdugo repetia sin cesar, pues el agarrotado quedaba sano apenas el verdugo le daba una sangria por medio de un manojito de víboras que le aplicaba al pescuezo.

D. Mateo apretó con horror los ojos de aquel espectáculo preguntando:

—¿Qué delito ha cometido ese desventurado para que así se le castigue?

—Anticipó una hora la ejecucion de un condenado á muerte cuyo indulto llegó media hora despues de la ejecucion y por haber cercenado una hora de vida padece una eternidad de tormento.

—Horrible es el castigo, pero tambien es justo porque el juez mas debe pecar de indulgente que de severo.

—Hombre, hágame V. el favor de no propalar doctrina tan subversiva que ya ha hecho perder á nuestro establecimiento negocios muy bonitos. Ayer sin ir mas lejos, se nos escapó otro juez quien teniamos casi asegurado, y ¿por qué creerá V. que fué? Pues se nos escapó por haber retrasado una hora la ejecucion de un reo cuyo indulto llegó antes de llegar el *su único hijo* (1).

Unos gritos horribles de hombre y de mujer que se maldecian recíprocamente hicieron á D. Mateo dirijir la vista hácia otro lado, y vió á una mujer y un hombre extrechamente unidos por medio de una cadena de fuego que serpeaba al rededor de aquellos dos cuerpos que se abrasaban sin consumirse.

—Esos, le dijo el director, eran dos amantes.

—Pues qué, el amor es delito?

—Yo le dire á V. Ese mozo que V. vé era casado, y la que le acompaña á pesar de eso no tuvo inconveniente en enredarse con él. Al morir salió nuestro hombre con la pata de gallo de que su mujer era así ó asado, y de que nunca le dejó carecer de nada; pero Dios le dijo que no habia tu tia, y nos le mandó por acá haciéndolo despues lo mismo con su amiga.

—¡Oh qué horrible consorcio!

—Tambien V. tendrá aquí una buena moza con quien compartir sus penas.

—Yo!... Quién?

—Toma, la Teresa.

—Teresa es tan santa y tan pura....

Hobre, no digo que ahora no lo sea, pero verá V. como viéndose con la notita que V. le ha echado encima, dice al fin y al cabo «ya que me lleva el diablo que me lleve en coche.»

—La conoce V. muy mal.

—Conozco á las mujeres muy bien, como que con ellas hace mi establecimiento los mejores negocios.

—Pues aunque todos duden de Teresa, á ella le bastará el testimonio de su conciencia.

—Hombre, el testimonio de la conciencia es gran cosa; pero, desengáñese V., las mujeres necesitan un poquito mas. Y si nó ahí tiene V. á esa de la cadena que no me dejará... mentir: era la virtud misma y se echó un novio que la queria con el fin mas santo; pero el novio, hoy por esto, mañana por lo otro, fué dando largas al casorio, hasta que un dia estiró la pata, y la pobre muchacha viendo que ningun soltero la decia por ahí te pudras, respondió quiero al primer casado que la dijo envido.

El dolor que D. Mateo sintió al oir hablar así al director de aquella horrible morada, solo se puede comparar con el que experimentaban aquellos culpables amantes unidos por un círculo de fuego. Quiso preguntar al director qué pena habia cabido al primer amante de aquella mujer, pero no tuvo valor para hacer tal pregunta porque la gravedad de la culpa agena era la gravedad de la falta propia.

—Ea, le dijo el de los cuernos, mientras yo voy á aclarar ciertas dudas que respecto de V. abrigo, entreténgase V. por ahi viendo el establecimiento, porque le conviene á V. irse familiarizando con el trato que aquí se dá, para que luego no le coja á V. de susto.

El de los cuernos se alejó.

D. Mateo, á pesar de que no hacia un cuarto de hora que estaba allí y á pesar de que el único daño materia que habia experimentado se reducia á los tres mordiscos y la cornada, habia padecido tanto que le parecia haber pasado allí un siglo.

VI.

Contemos cómo mataba el tiempo D. Mateo mientras la telegrafia eléctrica trasmitia el siguiente despacho del director del establecimiento penal á donde le habian llevado sus pecados:

«Acaba de ingresar en el establecimiento de mi cargo un tal D. Mateo; y como no trae en la frente la señal de los réprobos, he suspendido todo procedimiento hasta recibir las oportunas instrucciones que espero por la vía telegráfica.»

Nuestros lectores habrán observado que esta comunicacion carecia del «Dios guarde» consabido. Tambien lo hemos observado nosotros, pero adelante con el cuento.

D. Mateo al verse solo, tuvo la idea de tomar la puerta así como si saliera á ver qué tiempo hacia; pero el maldito del perro estaba en el corral enseñando seis espantosas carreras de dientes y mirándole con unos ojos tan airados, que parecia quererle comer vivo.

En vista de esto desistió de su idea y empezó á recorrer el establecimiento.

Lo primero que se echó á la cara fué dos hombres que se daban al demonio porque se los obligaba á uno de ellos á leer un libro y al otro á contemplar un cuadro.

---

(1) Sabido es que al pronunciar el reo de muerte las palabras «su único hijo» del credo, desempeña el verdugo su horrible oficio.

© Biblioteca Nacional de España

D. Mateo recorrió una página del libro y echó una mirada al cuadro, y aunque no entendia mucho de literatura ni de bellas artes, se indignó de que tales libros se escribiesen y tales cuadros se pintasen.

Aquellos dos hombres padecian horriblemente: ámbos se retorcian de dolor, ámbos gritaban, ámbos maldecian, ámbos pedian que se les conmutase la pena de leer el libro y contemplar el cuadro por la de nadar en una caldera de pez ardiendo, por la de hacerse chicharrones en un horno que calcinara las piedras en un segundo, por la de habitar en compañía de su suegra que tenia una celda en el establecimiento, ó por la de ser periodistas como el autor de estos cuentos, sin mas esperanza de gloria ni dinero que la de ganar muy tasadamente el pan nuestro de cada dia.

—¿Quiénes son estos hombres? preguntó D. Mateo á una especie de CICERONE que se habia echado.

—Esos, le contestó el CICERONE, eran un escritor y un pintor de gusto depravadisimo, y cuando murieron, Dios no tuvo misericordia con ellos, porque si los que se imponen la noble mision de deleitar á la humanidad con las perfecciones de la inspiracion y el arte, la atormentan con las monstruosidades de la ineptitud y el mal gusto, faltan completamente á su deber y se hacen dignos de ejemplar castigo. El que Dios impuso á esos se redujo á darles la perfeccion del gusto y obligarlos á contemplar sus propias obras.

D. Mateo comprendió, al oir esto, lo horrible del tormento de aquellos desgraciados, y lleno de profunda compasion pensó en la suerte que está reservada á muchos de los que en España manejan la pluma ó el pincel.

—Ahora, si á V. le parece, dijo el CICERONE, irémos á ver las calderas de Pero Botero.

—Calla! reflexionó para sí D. Mateo, yo creí que Pero Botero era una especialidad del infierno y nada tenia que ver con el purgatorio. Vamos, ya caigo en lo que es: aquí se dá por analogia ese nombre al encargado de las calderas, por ese afan que se nota en lo secundario de tomar el nombre de lo principal, afan que ha multiplicado en España las Puertas del Sol y los Tios vivos, y en el mundo los cafés Suizos y los Ilumes.

(*Se concluirá.*)

A LA MEMORIA

DEL ILUSTRE MULLER.

Alma del que en la tierra fué un honrado y leal ciudadano, desde el célico pensil de las estrellas donde los ángeles viven, oye la voz de un admirador tuyo, que continúa el trabajo que te prohibió la muerte concluir. Inspírame, tú, vate de la prensa española, que moras en la region de la ventura, para que mi trabajo pueda, unido al tuyo, llegar á la justa publicidad que pensabas darle.

LA LUNA DE ENERO.

»CUAN BELLA ES LA LUNA,
»LA LUNA DE ENERO,
»QUE UFANA PASEA
»LOS CAMPOS DEL CIELO.
»SUS RAYOS SUTILES
»DESCIENDEN» (*) de lleno,
Rielando en los campos
Durante el Enero.
¡Oh Luna! tus rayos
Esparcen consuelo
A la triste tierra
Cubierta de hielo.
Al ver tu luz clara
El pobre viajero,
Exclama »bendita
La Luna de Enero.»
La madre adorada,
Al verte en el cielo,
Prepara el regazo
Al hijo mas bueno,
Diciendo con ansia,
«Me traes el sosiego;
Bendita, bendita
La Luna de Enero.»
La esposa querida,
Al ver tu reflejo,
Espera al esposo
Que guarda su sueño;
Y al verte lucida
Por el firmamento,
Repite: »bendita
La Luna de Enero.»
Los pobres amantes,
de amantes modelo,
Esperan tu vista
Con ardiente celo.
Y al ver tu figura,
Alegres y tiernos,
Te dicen: »bendita
La Luna de Enero.»
Y todos los hombres
Con sumo contento,
Alegres repiten,
A dormir volemos;
»Bendita, bendita
La Luna de Enero.»

C. MONTEALEGRE.

(*) Aquí llegaba nuestro ilustre poeta D. Victoriano Muller, cuando nos lo arrebató la muerte.

EL NOBLE EN LA MISERIA.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion)

VI.

Cuatro dias habian trascurrido desde que M. Deneccker se habia negado á consentir en el casamiento de Gustavo con Leonor, cuando á una media legua del Grinselhof apareció un carruaje de alquiler que pronto se detuvo á la entrada de un sendero.

De este carruaje se apeó un jóven que indicó al cochero una posada bastante distante; los caballos dieron media vuelta y el vehiculo volvió á tomar el camino que habia traido, en tanto que el jóven se adelantaba á paso rápido en la direccion opuesta.

En cuanto al Grinselhof asomó á sus ojos por entre los árboles, prosiguió su marcha con precaucion para no ser visto, hasta llegar á la alameda que precedia al patio donde lanzó un grito de júbilo: la puerta estaba abierta.

Gracias á los árboles y á las zarzas, se deslizó sin que le descubrieran hasta el puente, pasó de puntillas por delante de la granja y atravesó el denso cercado de verdura del Grinselhof que le rodeaba como una fuerte muralla.

Apenas habia dado algunos pasos por el jardin, se detuvo temblando.

Leonor estaba sentada debajo del fresno con la cabeza apoyada en el borde de la mesa; violentos sollozos se exhalaban de su seno, y al través de sus dedos que velaban su mirada, caian lágrimas brillantes como perlas sobre la arena del camino.

El jóven se adelantó con paso ligero; pero aunque trataba de no hacer ruido, la jóven le oyó, levantó la cabeza y retrocedió temblando, en tanto que pronunciaba el nombre de Gustavo como un grito de angustia.

Quiso huir; pero antes de que pudiera dar un paso, el jóven, de rodillas delante de ella estrechaba sus manos convulsivamente y la deccia:

—¡Leonor, Leonor! escuchadme. Si huis de mí, si me negais el consuelo de deciros en un postrer adios lo que sufro y lo que espero, ó moriré á vuestros piés ó me iré á morir lejos de mi patria, lejos de vos, mi amor, mi prometida esposa. ¡Ah! Leonor, por piedad escuchadme.

Aunque Leonor temblaba en todos sus miembros, sus facciones tomaron una expresion de dignidad y de orgullo herido, y respondió con un tono frio y reservado:

—Vuestra osadia me sorprende. Mucho y muy triste es el valor que habeis necesitado para presentaros de nuevo aquí despues de la afrenta que ha recibido mi padre, que se encuentra enfermo en la cama. ¿Esa es la recompensa de mi cariño?

—¿Y me acusais, Leonor?; ¿Que crimen es el que yo he cometido? exclamó el jóven desesperado.

—Ya no hay nada comun entre nosotros, repuso la jóven; si no somos ricos, en cambio la sangre que corre por nuestras venas no sufre injurias... Levantaos, salid de aquí, todo está concluido entre nosotros.

—¡Leonor! yo soy inocente, dijo Gustavo levantando sus manos hácia ella.

La jóven ocultó las lágrimas que querian brotar de sus ojos, y se desvió con intencion de alejarse.

—¡Cruel! exclamó Gustavo con voz desgarradora, ¿me dejais para siempre sin decirme adios, sin una palabra de consuelo? Está bien, sufriré mi suerte; vos lo habeis querido.

Se levantó, y derramando lágrimas amargas, prosiguió diciendo:

—Leonor, amiga mia, ¿me condenais á morir? Está bien, os perdono; sed dichosa sin mí; ¡adios, adios para siempre!

Y al decir estas palabras, sus fuerzas le abandonaron y cayó desfallecido en el asiento que acababa de dejar a jóven.

Leonor habia dado dos ó tres pasos para alejarse; pero las tristes quejas de Gustavo la habian detenido. En su rostro se podia leer un violento combate entre el deber y el amor. Por fin, su corazon pareció flaquear en la lucha, y lágrimas abundantes saltaron de sus ojos. Se acercó lentamente al jóven, tomó una de sus manos y murmuró sollozando:

—Gustavo, amigo mio, somos bien desgraciados, ¿no es verdad?

Al contacto de aquella mano querida, al sonido de aquella voz amada, el jóven volvió en sí. Su mirada se clavó en los ojos de la jóven con una inefable sonrisa, y loco de júbilo la dijo:

—Leonor, mi querida Leonor, ¿os habeis compadecido de mis dolores? ¿no me aborreceis?

—¿Un amor como el nuestro puede apagarse en un dia, Gustavo?

—¡Oh! no, no, exclamó el jóven con exaltacion, ¡es eterno!

Leonor inclinó la cabeza y dijo con una voz solemne:

—No creais, Gustavo, que nuestra separacion me sea menos dolorosa que á vos; si la firmeza de mi amor puede dulcificar en vos las penas de la ausencia, sed fuerte y valeroso. Mi corazon desolado conservará vuestro recuerdo, y os amaré hasta el último instante de mi vida. Volverémos á encontrarnos cerca de Dios, pero jamás en la tierra.

—Os engañais, Leonor, exclamó Gustavo con una especie de alegría; aun no están perdidas todas las esperanzas. Mi tio no es inexorable y cederá compadecido de mi desesperacion.

—Puede ser, pero el sentimiento del honor es inflexible en mi padre, respondió la jóven con una voz que era á un tiempo triste y orgullosa. Alejaos, Gustavo; he olvidado ya demasiado la órden de mi padre y desconocido lo que me debo á mí misma, quedándome sola con un hombre que no puede ser mi esposo. Partid; si alguien nos sorprendiese, mi padre se moriria de vergüenza y de pesadumbre.

—Un instante mas, mi amada Leonor; escuchad lo que voy á deciros. Mi tio se ha opuesto á nuestro casamiento, y mis ruegos, mis lágrimas, mi desesperacion, todo ha sido inútil; fuera de mí, me he rebelado contra mi bienhechor, le he amenazado como un ingrato, he dicho cosas que jamás habria debido decir. Cuando mi acceso de fiebre se disipó, le pedí perdon de rodillas, y él, que tiene buen corazon, me perdonó, pero á condicion de que emprenderia con él inmediatamente un viaje á Italia proyectado hace mucho tiempo. Cuenta con que os olvidaré... Yo he consentido en este viaje con una alegría secreta, porque durante meses enteros voy á encontrarme solo con mi tio, y me propongo suplicarle sin descanso hasta que me conceda su aprobacion para un enlace que debe hacernos á los dos tan dichosos.

Una suave sonrisa iluminó el rostro de la jóven, y en su semblante se pintó el gozo que le hacia sentir la encantadora idea de una felicidad posible aun: pero el prestigio se desvaneció en breve y respondió con tristeza:

—Pobre amigo, es cruel arrancar esta última esperanza de vuestro corazon, y sin embargo, es preciso. Vuestro tio consentirá quizá; pero ¿y mi padre?

—¿Vuestro padre, Leonor? todo lo perdonará y me recibirá en sus brazos como á un hijo.

—No, no creais eso, Gustavo; le han herido en su honor; como cristiano perdonará; como noble no olvidará nunca el ultraje que ha recibido.

—Leonor, sois injusta con vuestro padre. Si yo vuelvo aquí con el consentimiento de mi tio y le digo: Haré la felicidad de vuestra hija, dádmela por esposa, ¿qué responderá?

Leonor bajó los ojos.

—Ya conoceis su infinita bondad, Gustavo; mi felicidad es su única preocupacion; os bendiciria dando gracias á Dios.

—¿No es verdad que consentiria? Ya veis que no se ha perdido todo, Leonor; un rayo de luz alumbra nuestro porvenir; abandonaos á esa dulce esperanza, y permitid que conserve en mi triste viaje la seguridad de que me esperareis confiada en que van á lucir para nosotros dias mejores. Sonreidme en el fondo de vuestra soledad; vuestro recuerdo será mi única alegría, y él me infundirá el valor de soportar la ausencia.

Leonor lloraba silenciosamente; la palabra suave y

© Biblioteca Nacional de España

conmovedora del jóven habia vencido su orgullo, y en su corazon solo cabian ya el amor y la tristeza.

—Parto, Leonor, continuó, fortalecido con mi esperanza; suceda lo que quiera, ya no me dejaré abatir por el desaliento: Leonor, pensareis en mí todos los dia, ¿no es verdad?

—¡Dios mio! he prometido á mi padre que os olvidaria, murmuró la jóven como espantada.

—¡Olvidarme! ¿tratareis de olvidarme?

—No, Gustavo, contestó con dulzura; desobedeceré á mi padre por la primera vez; conozco que no puedo olvidaros, que os amaré hasta mi última hora, es mi destino en la tierra.

—¡Oh! gracias, gracias, Leonor, exclamó Gustavo con exaltacion; tus palabras me hacen poderoso contra la suerte; tu imágen, amada mia, me seguirá como un ángel protector en mis alegrías y en mis dolores, de dia y de noche; siempre te tendré á la vista... Ahora separémonos, ¡adios! ¡adios!

Y despues de estrechar convulsivamente las manos de la jóven, desapareció entre los árboles del jardin.

—¡Adios! ¡adios! Gustavo, gritó Leonor como en delirio, dejándose caer sobre una silla presa de un dolor inexplicable y derramando un torrente de lágrimas.

VII.

Leonor habia revelado á su padre la última visita de Gustavo, y habia tratado de infundirle la dulce esperanza de un porvenir mejor; pero el señor de Vlierbecke la habia escuchado insensible, sonriendo amargamente y sin pronunciarse por medio de una sola respuesta decisiva.

Desde aquel dia el Grinselhof parecia estar mas solitario y triste que antes. El noble, visiblemente atormentado por un secreto dolor, pasaba largas horas sentado con la frente en las manos y la vista fija en el suelo. Sin duda aparecia á sus ojos el dia fatal del vencimiento de la letra de cambio, dia que se acercaba amenazante é inevitable, y que debia sumergir para siempre en la mas horrorosa miseria al padre y á la hija.

Leonor disimulaba sus propios padecimientos para no aumentar con su tristeza la inexplicable pesadumbre de su padre. Aunque en su alma rebosaban pensamientos desgarradores, fingia estar consolada y alegre, y hacia y decia todo lo que la inspiraba su tierno corazon para sacar á su padre de sus sombrias cavilaciones.

(Se continuará.)

REVISTA DE CADIZ.

PROXIMIDAD DEL CARNAVAL.—TEATROS.

El Circo de la plaza de San Fernando, el local donde daba sus funciones la compañia ecuestre de Ciniselli, se ha trocado en salon de baile y ha abierto ya sus puertas al público. Al trote de los caballos ha sucedido el trote pedestre de las polkas y de las schotis, y ahora se piafa allí á la manera que antes se piafaba. Los pesebres se han convertido en mesas y las cuadras en salones de *buffet*. Damos pues á aquel local la enhorabuena por esta feliz transformacion, y tanto mas cuanto que, segun noticias unánimes, el salon se ha decorado con mucho gusto, habiéndose hecho desaparecer cuanto allí pudiera oler á su primer destino.

Creemos que estos bailes alcanzarán bastante éxito, porque pertenecen á cierta especialidad, que hoy ningun otro le disputa: su habitual concurrencia andaba dispersa este año, puesto que la *Camorra* no parecia nada dispuesta á meterse en camorras, y así es que los aficionados á la animacion mascaril, llevada hasta el punto mas alto posible, se irán, si es que no se han sido ya, en masa al Circo ecuestre, que por fuerza ha de ofrecerles el aliciente que buscan, y que en vano querrian buscar en los atildados salones del Casino y en el casi tan grave del teatro Principal.

Por consecuencia de haberse roto ya el fuego de guerrillas que precede al cañoneo del carnaval, se han puesto de muestra en varias accesorias de la poblacion los trages de máscara tradicionales y de fórmula, como por ejemplo, una *Matilde* con su hábito blanco y su cruz encarnada en el pecho, que no parece sino que anda en busca de algun *Malek-Adel* de levita; una *Norma* dispuesta á arañar á la primer *Adalgisa* que se le ponga en mitad de su camino; una *Lagartija* haciendo por tropezar con algun *Tio Caniyitas* que le proporcione nn *Mislon* para amenizar el jaleo; una *cautiva* encadenada, pero con muchas ganas de andar suelta, con los demás personages clásicos que por sabidos se omiten. Todo aquello se conoce á la legua que se destina para pasto del Circo.

Fuera de esto, el Casino dará uno ó mas bailes, que de seguro serán dignos de él, el Ateneo anuncia reuniones de confianza, y las Damas de la Junta de Expósitos van á repetir, á beneficio del establecimiento, el baile de trages que tuvo lugar hace algunos años, y en el que, como entonces, serán niños los que tomen parte, si bien desde las once de la noche se trocará en baile improvisado de mayor edad.

Digamos algo de los espectáculos teatrales.

El Principal, despues de *Un ballo in maschera*, no ha dado ninguna ópera completamente nueva; verdad es que el dar óperas nuevas es cosa bien difícil, visto que el repertorio lírico italiano no crece en proporcion de las necesidades de los teatros, porque Verdi es el único que escribe, porque no se presenta quien reemplace á Bellini y á Donizzetti, y porque las óperas de Rossini, tan bellas, puede decirse que no se cantan ya, sino tal cual de ellas, y eso por via de excepcion, en tal cual teatro. De esta suerte, una ópera nueva es casi un fenómeno teatral, y por eso hay que recurrir á las vistas y revistas, pudiendo un público darse por satisfecho cuando las tales óperas sacan cierta novedad del desuso mismo en que han estado durante algunos años. Esto es lo que ha acontecido al *Nabuco*, la que ha sido muy regularmente cantada, y que se ha aplaudido, á pesar de ser una de las primeras producciones de Verdi, en las cuales, entonces mucho mas que ahora, se vé sacrificada con frecuencia la melodía al estrépito.

En el Balon la compañia dramática ha dado punto á sus tareas, al menos por ahora, puesto que ignoramos los ulteriores proyectos que haya. La ha sustituido una compañia de zarzuela, de la que no creemos podernos ocupar hoy, toda vez que nos resta que hablar de algunas de las obras que antes de su venida se habian puesto en escena allí.

Como novedad, principiarémos por el llamado drama de D. Luis Mariano Larra, que lleva por título: ¡RICO... DE AMOR! De este pudiera decirse lo que de la lista de los hijos del labrador Anton Antunez: «el primero no fué hijo, sino hija.» RICO... DE AMOR no es drama; es una simple comedia, y esa de seguro no original, porque huele á francesa á la legua.

Redúcese á que un rico negociante, llamado Santiago, queda por consecuencia de una quiebra de uno de sus corresponsales reducido á una indigencia tal que vive de labrar figuritas de barro para juguetes de niños. Viudo y con una hija única, que es ciega, se propone, en el exceso de su cariño, engañar á esta, haciéndole creer que sigue en la opulencia como antes, que ocupa un gran palacio, siendo un mal cuartucho bajo interior, que tiene gran mesa, cuando él come pan seco para comprar aves solo destinadas á su Gabriela, y que posee mucha plata labrada, cuando él usa cubiertos de madera, y solo hay uno de plata para la señorita.

Ahora bien, por mas que haya licencias dramáticas que por atrevidas solo puedan pasar como convencionales, hay otras que ni aun así pasan, por muy ciega que se suponga á la protagonista. ¿No sabia ella muy bien que en aquella supuesta opulenta casa no habia sino una sola criada, y esa porque era su hermana de leche? Al sentarse en aquel desvencijado sillon de baqueta, al apoyar su brazo sobre aquella desnuda y tosca mesa de pino, ¿no echaba de ver Gabriela que aquellos eran unos pobres muebles? ¿Su pié no pisaba el desnudo suelo, y no alfombra rica? ¿Se puede equivocar la atmósfera de un cuarto bajo interior de Lóndres, una especie de algibe por lo húmedo, con la de las asoleadas y aireadas habitaciones de un hermoso piso principal?

Preténdese allí atenuar todo esto suponiendo que la alcoba de Gabriela está dispuesta y amueblada del modo mas *confortable*; ¿pero no sale de ella cuando quiere? Para que esta razon fuera válida debiera el autor haber supuesto que Gabriela era, á mas de ciega, tullida. Entonces podriamos principiar á entendernos.

Pero esta especie de desconcierto de amor paternal produce sus forzosos resultados. Lo poco que Santiago gana lo emplea en el alquiler de un magnífico piano y en otros caprichos de su espléndida hija, así es que no paga el cuarto que habita, y que el casero amenaza primero con el escándalo y despues con el juez.

Esto tiene al padre en gran zozobra, cuando se le entra por las puertas, con el pretesto de comprarle algunas figuras, un apuesto jóven, el cual paga generosamente su mercancía. Gabriela, al oir su voz, lo reconoce por haberla prestado su brazo en medio de cierto bullicio en que iba á ser atropellada. Alberto, supuesto pintor, se hace amigo de la casa, porque ama á la ciega y ella le ama tambien.

En tal estado, y ausente el padre, el casero cumple su palabra de escandalizar, y hace conocer por este medio á Gabriela su error. En efecto, ella tienta las paredes, los muebles, todo le revela su miseria, y cae desmayada. Alberto entonces hace traer muebles ricos, y con ellos adorna aquella especie de sótano, de modo que al volver en sí su amada, y al suponer que es ilusion lo que ha tocado ó antes ó ahora, comienza á vacilar. Para averiguar lo cierto, manifiesta á su padre que quiere casarse con un rico é ilustre caballero, que Santiago habia puesto en una fingida lista de novios que solicitaban por escrito la mano de su hija por noticia de su opulento dote. El padre se vé cogido, pero es el caso que aquel ilustre y rico caballero acierta casualmente á ser Alberto, el cual, habiendo consultado á un doctor de gran fama, ha recibido de él la seguridad de que volverá la vista á Gabriela.

Este desenlace tiene sus puntos de contacto con la difunta, ó al menos asfixiada lotería antigua. El acertar con un novio imaginario es mucho mas que acertar un número entre los noventa, y el caerle á uno un terno seco es mucho menos que el caerle en matrimonio un lord inglés á una muchacha ciega y pobre.

La ejecucion fué bastante esmerada.

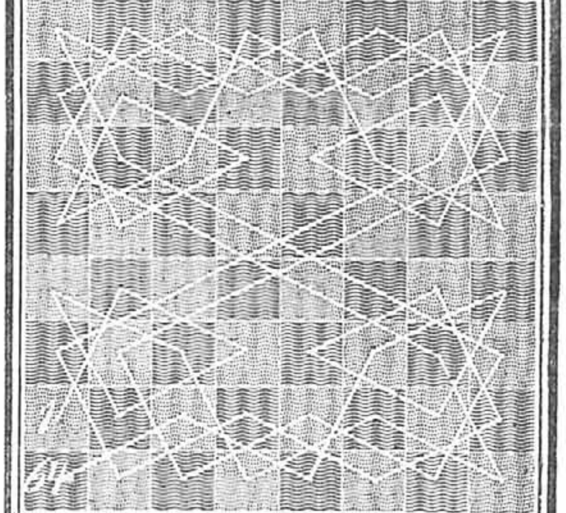
FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL SALTO DEL CABALLO.

SOLUCION AL DEL NÚMERO ANTERIOR.

Sopla un manso viento
alegre y suave,
que mueve la nave
de mi pensamiento;
dame tal contento
que ya me parece
que el cielo me ofrece
el bien á deshora,
y al sonido me duermo
bajo su sombra.

(*Estrofa de una letrilla anónima.*)



Explicacion del figurin iluminado.

Vestido para baile de trages.

EPOCA DE LUIS XV. Trage de raso rosa vivo, abierto sobre un paño de raso verde, orlado por abajo por un encage blanco con viso de gasa color rosa vivo. La enagua de encima tiene por orla del delantal á uno y otro lado un ancho encage blanco. Corpiño de punta lárga; mangas bordadas con vuelos de encage. Peinado empolvado, y plumas blancas y color rosa.

PASTORA, para niña. Primera enagua de muselina blanca bordada; segunda mas corta, color rosa; esta está recogida con guirnaldas de flores. Corpiño azul, abierto sobre un peto rosa; peinado empolvado; sombrerillo de paja con bordes levantados, y guarnecido de flores.

El niño que da la mano á esta tiene calzon corto de seda verde, chupa igual, casaca lila con guarnicion y cabos amarillos, corbata de encage, peluca con polvos y tricornio.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mútuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

Se suscribe en la Administracion general, calle de la Bomba, n. 1.

Los pedidos se dirigirán al Administrador
D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA.
Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España